

PRÓLOGO

Ser patrullero en la policía supone ante todo un orgullo y un privilegio, el orgullo y el privilegio de ayudar a las personas en sus peores momentos, cuando la vida ordinaria se quiebra y aparece la emergencia.

Cuando una persona, cuando un chaval decide ser policía no suele tener en mente las unidades especializadas en los diversos tipos de delincuencia, ni los distintos servicios de mantenimiento con los que cuenta el cuerpo, ni las lustradas oficinas de algunas jefaturas y comisarías generales, ni los llamados «destinos de moqueta», esos en los que se obtienen muchas felicitaciones públicas y medallas sin jugarse el pellejo cada día. Cuando una persona, cuando un chaval decide ser policía piensa en el patrullero, el que se cruza la ciudad con los rotativos lanzando destellos azules para ayudar a una persona, para detener a un delincuente que en ese momento está poniendo en riesgo la vida o la integridad de otra persona.

Pero no es un destino fácil, tener el privilegio de ser ese policía que resuelve la emergencia, que salva la vida de esa persona en peligro o que evita que un delincuente se salga con la suya, tiene un coste, tiene un coste en riesgo físico (algo que

todos asumimos desde que empezamos a patrullar la calle), pero también un coste psicológico, ya que se viven muchas situaciones difíciles día tras día y año tras año, situaciones que poco a poco van calando, cambiándonos para bien y para mal. Pero también ser patrullero tiene un coste profesional, tener el privilegio y el orgullo de ser patrullero tiene el coste de la falta de reconocimiento, pero no por parte del ciudadano, que se siente aliviado al ver aparecer ese coche patrulla que ha solicitado, sino por parte del Cuerpo. Son muchos los que eligen «destinos de moqueta», allí no hay riesgo, no hay mugre, y son bien compensados con felicitaciones públicas y medallas. Ser patrullero no es fácil por muchos motivos, el riesgo físico, psicológico e incluso jurídico, ya que cada intervención que se realiza va a ser escrutada por mucha gente. Se toman decisiones en segundos, con la adrenalina en la sangre, con poco descanso debido a los turnos inadecuados que están establecidos, y esas decisiones deben ser las correctas.

Los zetas, como se conoce popularmente al servicio de radio-patrullas, no fueron mi primer destino, en el pasado viví lo que supone pertenecer a esas unidades de investigación denominadas «de élite» que realizan operaciones que salen en los telediarios, dichas unidades realizan un gran trabajo pero también tienen un gran reconocimiento por ello. A mi gente, a mis compañeros con los que me juego el tipo cada día e incluso a mis superiores siempre les digo lo mismo, y es una verdad que he comprobado día a día, los patrulleros son los mejores porque no tienen nada que ganar en este servicio, aquí los medios humanos y materiales escasean, los turnos son duros, las condecoraciones brillan por su ausencia, y cuando un patrullero se presenta a un ascenso, ve como sus compañeros de promoción, con destinos de moqueta, le entierran en puntos de baremo por la cantidad de

felicitaciones públicas que acumulan. Los policías que eligen ser patrulleros son los mejores porque únicamente tienen un beneficio por ello, el trabajo mismo.

Ser patrullero en la policía supone ante todo un orgullo y un privilegio, el orgullo y el privilegio de ayudar a las personas en sus peores momentos, cuando la vida ordinaria se quiebra y aparece la emergencia.

*Inspector de Policía Juan José de Miguel.
Patrullero.*

– ¡Apoyo! ¡Apoyo urgente! ¡Han disparado a Corso! ¡H50, mande una ambulancia!

El corazón se le había paralizado, y las palabras rasgaban sus cuerdas vocales al gritar. Se tiró al suelo al lado de su compañero, mirándole desde arriba. No conseguía coordinar sus manos y sus ojos, que recorrían el cuerpo de su amigo buscando el impacto de la bala. Lo encontró rápidamente cuando sus ojos se cruzaron. Corso se sujetaba el cuello con ambas manos, tenía los ojos abiertos y una expresión de pánico en la mirada.

– ¡Dígame dónde se encuentran! – gritaba a su vez la voz nerviosa de un operador.

Luchaba con todas sus fuerzas para atender las palabras que salían por la emisora, pero sus ojos seguían fijos en la herida de la que manaba sangre cada vez más rápido. La mano de su compañero le agarró con fuerza, y en ese momento desbloqueó por completo su atorado cerebro.

– No lo sé... – gritó mirando a todos lados hasta que reconoció una sucursal bancaria al final de una calle sin salida – . Rocafort, H50, dónde se encuentra el Caja Madrid.

– Dígame qué herida presenta. Es muy importante.

– Le han dado en el cu... cuello. Está perdiendo mucha sangre. ¡Hostia, venid ya!

Dejó el equipo en el suelo y se quitó el polo rápidamente. Con él presionó la herida con fuerza, mientras trataba de hablar a su compañero.